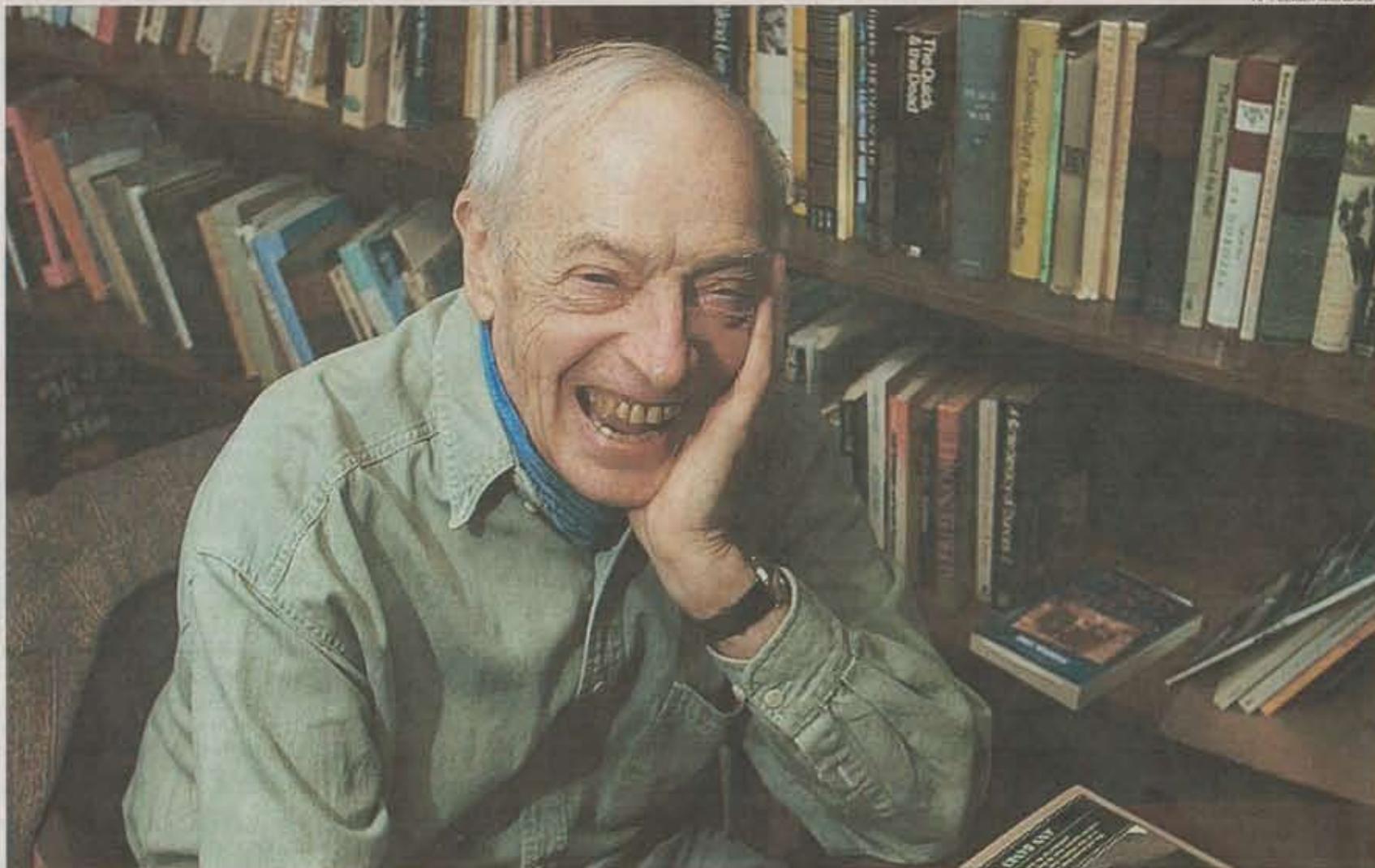


AP / ELISE AMENDOLA



►► El escritor norteamericano Saul Bellow, a los 81 años, ríe en su despacho de la Universidad de Boston.

## UN GIGANTE DE LAS LETRAS NORTEAMERICANAS

# Saul Bellow a la carta

► La edición de la correspondencia del Nobel proyecta nueva luz a su vida

ELENA HEVIA  
BARCELONA

Antes de que Philip Roth fuera entronizado como el gran escritor judeoamericano, el honor lo tenía Saul Bellow, su maestro. Bendecido por el Nobel en 1976, fue un autor dedicado a retratar al hombre común y corriente a través de una de las escrituras más elaboradas de la literatura norteamericana. Tachado de misógino -haber estado casado cinco veces y haber tenido no pocas amantes no le facilitó las cosas entre las aguerridas feministas que quemaban sus sujetadores en la hoguera pública de los 60- pero también de elitista, el calificativo se vino abajo cuando publicó *Herzog* en 1964, un *best seller* que supo conectar transversalmente con todo tipo de lectores y le hizo mundialmente famoso. *Herzog*, el protagonista de la novela, es un profesor universitario que arrastra dos divorcios (los mismos que Bellow en aquel momento) y se confiesa a través de innumerables cartas que jamás llega a enviar.

Las cartas del autor, de las que hoy se conservan unas 1.800, si llega-

ron a sus destinatarios y en la selección realizada por Benjamin Taylor, que frecuentó al escritor sus tres últimos años, hay 708 en un habilidoso montaje debidamente contextualizado para no perderse en el difícil entramado. *Cartas*, publicada ahora por Alfabet, es una suerte de autobiografía alternativa de Bellow, que siempre se negó a abordar una, quizá porque ya tuvo bastante con trasladar sus propias experiencias (y las de sus amigos) a sus novelas.

«A los lectores de las novelas y relatos de Bellow no les sorprenderá que en sus cartas puedan ser instantáneamente dramático y también muy divertido», asegura Taylor. Lo interesante es ver como a estas dos características se suman otros matices según sea el correspondiente. Circulan cartas a

alguna exesposa -en especial a Susan Glassman, novia que Bellow le robó al también mujeriego Roth, que se convirtió en su tercera esposa y a punto estuvo de llevarle a la cárcel por problemas con su pensión-, amante -con Margaret Statts fue de la pasión desatada a la amistad más serena- y, en su mayor parte, amigos escritores. En esa nómina están



### LOS MÁS FAMOSOS

#### ESTRELLAS Y POLÍTICOS

► Bellow conoció a Marilyn Monroe en 1956 cuando esta y Arthur Miller esperaban un divorcio express en Reno y el autor hacía lo propio. «Todavía tengo que ver algo que no sea genuino en Marilyn. Rodeada de miles de personas se comporta como una filósofa», escribe con fascinación.

► En 1961 el presidente Kennedy le pide colaborar con su gobierno en materia artística. «La Sra. Kennedy y yo estaremos interesados en cualquier sugerencia...». Bellow se lo explica a su todavía novia Susan Glassman.

► En 1977 contesta a una carta de Marcello Mastroianni interesado por comprar los derechos de la novela *El legado de Humbolt*. «Es realmente muy amable por su parte que diga tantas cosas agradables. Me gusta pensar que podríamos seguir diciéndonos cosas agradables el uno al otro durante un tiempo».

Bernard Malamud, Ralph Ellison, John Cheever -las cartas dirigidas a él son las más cariñosas, un registro que raramente aparece en el resto-, Vargas Llosa y el mismo Roth.

Ante él se disculpa por las opiniones vertidas en una entrevista, presumiblemente sacadas de contexto, y destroza con cariño su novela *Me casé con un comunista*.

**PADRE OCTOGENARIO** // «Cuatro generaciones, la anterior a la suya, la suya y dos posteriores son las destinatarias de la tremenda producción epistolar del autor, dice Taylor, como para dar cuenta de la legendaria actividad de Bellow a todo nivel ya que, fallecido a los 89 años en el 2005, tuvo su cuarto hijo, una niña, con 83 y de quien se suele decir que es uno de los escasos escritores a los que no afectó la maldición del Nobel.

En las cartas descubrimos cosas curiosas e interesantes: que a Bellow le gustaba hacer el pino, que solía gastar bromas telefónicas imitando las voces de sus amigos, o que, acosado por sus ex, el dinero le preocupaba enormemente, que le gustaba viajar a España donde en 1965 ganó el Premio Formentor y que el Nobel le parecía «una mezcla de gloria y horror». Pero, sobre todo, que su estilo y su voz no bajaban la guardia en los textos más nimios, como una carta, capaz de «caer en el olvido» o de «pasar a la posteridad». ■